

ción entre marxistas y cristianos. Y fuera de todo eso, he "bombardeado conciencias", como tú dices, de cardenales y obispos en Roma para que en los documentos conciliares del Vaticano II se condenara la guerra y el armamentismo.

—¿Qué hacen en América Latina?

—Hay grupos que trabajan en Uruguay, Argentina, Brasil y Colombia. Quisiéramos aunar fuerzas con otros movimientos que buscan lo mismo y deseamos ponernos en contacto con otros países. Este es uno de los fines del actual Seminario, de otro que se realizará en breve en el Caribe y de un tercero en México. Por supuesto, la acción posterior tiene que ser promovida por

latinoamericanos, adaptada a las realidades locales y llevada a cabo como a cada país le convenga. La revolución es de ustedes, de nadie más.

Guardamos silencio. Las cinco personas que han seguido el curso de la conversación intercambian miradas, mientras yo veo los spaghetti apenas probados y me digo que es justo liberar al señor Goss de mis preguntas y dejarle por fin cenar en paz.

Para informaciones sobre el tema dirigirse a: Jean et Hildegard Goss  
Achottengasse 3<sup>a</sup>/1/58  
A 1010 Viena - Austria

como si nos bastaría recordarnos que aún somos estimulables!

Lo que antes estímulo era, ya no lo es. El estímulo como tal ha necesitado una re-cualificación.

Cosa que antes, por naturales, por cercanas, por diarias, bastaban para relacionarnos con nuestra interioridad ya son incapaces de hacerlo. Ha habido como una pérdida del sabor y ella es sentida en nuestra interioridad con una angustia de muerte, porque no ser estimulable es como estar muerto.

Todo esto, consecuentemente, dificulta a la experiencia plena y la percepción total.

Antes nuestras comunicaciones eran más lentas y la unidad del tiempo estaba en relación con el paso con una frecuencia aproximada de 70 por minuto; tal vez el pulso, también coincidentemente entre 65 y 75 por minuto; o la respiración 16 por minuto. Esto cuando el hombre centraba sobre sí. Cuando no, entonces el tiempo era sentido en días, semanas o meses. Ahora todo se aproxima a la velocidad de la luz! 300.000 kilómetros por segundo. En esta relación queremos hacer y sentir las cosas.

No me atrevo a decir que ello no es posible. Tan sólo pienso que nos costará un esfuerzo de adaptación y pienso también preguntándome hasta dónde el hombre podrá descentrarse, el tomar como las medidas de su tiempo las propias de un sistema en que él es apenas partícula íntima.

¿Podremos cambiar el tiempo que ritma la vida, sobre el paso o el pulso, por la velocidad de las quantas? No nos atrevemos a negarlo, sólo pienso en su costo y en el cómo resolver el problema que, por cierto, está planteado.

En todo esto ha habido algunos riesgos.

La luz eléctrica, por ejemplo, de cuyos beneficios y ventajas todos debemos estar muy contentos, sin quererlo ella, ha alterado totalmente un ritmo vital: la relación sueño-vigilia y su armonía con el acontecer astronómico. Nos ha rebelado contra el cosmos.

Se supone que nuestra vida de relación y todas las funciones que a ella contribuyen requieren un caudal determinado de energía nerviosa, y para lograr esto los centros del sistema nervioso "simpático", el cerebro y la gracia, predominen, son marcados y accionados, esta prevalencia podemos re-accionar, podemos crisparnos, podemos proyectarnos, ponernos fuera de nosotros, etc. Pero el desgaste es in-imaginable, de modo que a este período de tensión debe sucederle otro de distensión, y el antagonista de aquel centro tomará el comando temporalmente, el "para-simpático" nos hará re-posar (posar nueva-

# Contribución para la interpretación del fenómeno hippie

Dr. Adolfo Aristeguieta G.

Indudablemente que el momento que nos toca vivir, "nuestra época", se caracteriza, entre otras cosas, por la facilidad de comunicarnos. Gracias a eso, la humanidad puede esperar a la composición de un solo cuerpo, pues la mejor comunicación nos permite integrarnos en una totalidad orgánica.

Pero, paradójicamente, mientras más nos acercamos, mientras más y mejor nos comunicamos, se nos hace más difícil entendernos nosotros mismos.

Tres "especialistas", pongamos por ejemplo: un psiquiatra, un arquitecto y un industrial, necesitan un tercer especialista: el intérprete que los traduzca y los deje conocer equivalencias de formas verbales de idéntico significado, en relación al sistema ideativo de cada uno.

Pareciera también que nos comunicamos más rápidamente, nuestro conocimiento abarca en superficie, pero no en profundidad. Pareciera que la urgencia

de poseer la totalidad de lo actual hiciera excluyente la posesión de la historia que le da sentido.

Y otra cosa también interesante que acompaña a los hechos señalados es la anestesia que se produce en ese vértice voraz que consume nuestras individualidades.

Tal es el ritmo de desplazamiento interior, tal es la velocidad alcanzada, contagiados o "re-sonados" por la maquinaria en la cual estamos sumidos, que lo que antes era estímulo ahora ya no lo es.

Para que un hecho pueda actuar como estímulo, para que pueda incidir exitosamente en la "fisiología" de nuestro acontecer, se requiere que posea determinadas características. Por ejemplo: intensidad en el destello para impactar, sacudir, sin que quede otra cosa que la vivencia del impacto. Es como si gracias a eso recordamos que aún somos y

mente en la etapa inicial del proceso ocurrido), re-stituir, re-poner, diástole y sístole: así están hechas las cosas. Hechas para que funcionen en armonía con el mundo exterior, con el acontecer fuera de nosotros.

No ha sido por capricho que los seres humanos, los seres vivos todos, desde que la vida existe, existen en ritmo, en concordancia armónica con la noche y el día. Lo de afuera tiene su natural correlato dentro.

La caída del sol por sí misma, el aumento de humedad de la noche, la ausencia de luz o su transformación de luz directa en luz reflejada por la luna, todo ello conduce a que dentro de nosotros, en nuestra intimidad, ocurra el mismo cambio y en nuestro interior el día deje paso a la noche y luego la noche al nuevo día.

La necesidad obligó a los hombres a iluminarse con la luz emitida por la combustión de ciertos y determinados materiales; pero era una luz insuficiente, con un calor insuficiente que, viéndolo de cerca, el mayor beneficio que prestaba era mantener por unas horas el recuerdo que una luz más intensa existía y volvería a aparecer si sabíamos esperarla.

No era ella capaz de alterar la circunstancia exterior al punto de prolongar el día y ahora sí lo hemos logrado, sin pensar tal vez toda la confusión que ha derivado para la humanidad del abuso de este poder: robarle horas a la noche para añadirselas al día. Prolongar por horas el trabajo de un sector de nuestro sistema nervioso a expensas de los derechos de otro.

¿Y qué decir del teléfono: vitalizado también por el fluido eléctrico? ¡Qué cosa más abominable que la impertinencia de un teléfono, que nos esclaviza, nos invalida las alternancias naturales que garantizan la salud, hace de nuestra casa oficina y de nuestra oficina casa! Y, lo que es peor, el 90% de los temas tratados por teléfono en nada se perjudicarían si fuesen tratados por otra vía. Las más de las veces el teléfono sólo sirve para descargar la angustia de quien lo usa, el hacer partícipe a otro de los contenidos emocionales que él solo no puede soportar. El teléfono es como una red despiadada que tiene por fin elevar el potencial de ansiedad de cuantos a ellos están conectados.

Los psiquiatras sabemos que todo esto ha tenido su precio!

No estoy en contra de la luz eléctrica, pues estoy usándola diariamente. Lo que lamento es que no entendamos lo que hay detrás de cada cosa. Lo que lamentamos es que se confundan medios con fines y fines con medios.

Lo lamentable es que lo que hicimos para nuestro servicio nos destruya.

Lo lamentable es que nos encandilemos con los destellos de nuestra propia luz.

Y sigo meditando en las comunicaciones.

Cuando nuestra medida de desplazamiento era el paso, trasladarnos de un sitio a otro suponía un contactar lento con la geografía; una asimilación en acuerdo con las posibilidades de nuestra psiquis para recibir lo exterior.

Una ciudad distaba de otra días de camino. Había que hacer "posadas". La sustitución de un panorama por otro, de una circunstancia por otra, fuera ella tan sólo climática o ya bien social, era más suave, permitía el "inter-cambio", el dejar algo de sí en cada paso y también llevar algo nuevo consigo.

¿Cabría pensar que el Barón de Humboldt pudiera haber escrito sus Viajes a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente si hubiera venido en avión?

No estoy en contra de los aviones. Los uso. Estoy en contra de que no entendamos lo que puede traer consigo el uso del avión hoy, y más tarde el cinturón volador para ir de la casa al trabajo.

Y todo esto ¿para qué? ¿Para competir con quién? ¿Para vender más? ¿Para venderles más a quiénes?

Y para vender más hay que crear la necesidad de lo in-necesario. Entonces hay que recurrir a "la propaganda", una propaganda que mejor deberíamos llamarla co-acción, puesta al servicio de la en-ajenación del hombre. Hay que recurrir a ella, además, potenciada con la seducción del "crédito", que nos vende en pedazos y nos hipoteca la vida.

Pero todo no queda allí. Va más allá, porque se llega a la violación de nuestra intimidad y de nuestra conciencia cuando sutilmente, estando en posesión de los resortes psicológicos que determinan nuestros actos, se utilizan aquellos para hacernos comprar lo que en verdad no queremos ni necesitamos. Violándonos nos esclavizan al crear una necesidad que de otra manera no la habría.

Hacer algún adicto, y una vez así hecho adicto, se le vende la "droga" al precio que se quiera. Hecha la clientela, se tiene seguro el negocio.

¿No es condenable este procedimiento, acaso por llevarnos al "inocente convencimiento" que, tomar determinada bebida fabricada químicamente es mejor que tomar una limonada de limón de verdad?

Y así nuestra sociedad se satura y se pudre en sus mismas excretas.

Pero algo más hay que decir pensando, dejando al aire estas ideas flotantes que me han venido el día de hoy. Hay que decir algo sobre la comunicación cuando llegamos al instrumento

audio-visual, a lo que entra por los ojos y por los oídos.

Antes de esta "re-evolución", la fantasía de cada quien y con ella la imaginación creadora de cada quien tenía oportunidad de ejercicio diario, y esta función se ha perdido. La dueña de casa no tiene que pensar cuál es el mejor aceite: se lo dicen, se lo muestran y se lo dan con dar vueltas a un botón en una pantalla nutrida por el fluido eléctrico.

¿Sabemos cuánto hemos perdido al renunciar a la posibilidad del conocimiento por la propia experiencia?

Y transfiriendo esto a la construcción del hombre, fenómeno que es suma de experiencias, exitoso cuando es suma de experiencias bien logradas, encontramos que también está quedando atropellado.

Antes, la apertura a la vida adulta era vivida en la experiencia de cada quien, ayudado tal vez del relato del amigo a los hechos supuestos o atisbados con cautelosa prudencia a la medida de sí mismo. Cada logro que venía era añadido palmo a palmo a la experiencia alcanzada el día anterior. Todo ello se iba dando en forma tal que la asimilación era posible. No había "quema de etapas". Cuando llegábamos al primer beso era realmente nuestro primer beso. Podía haber tardado, pero tenía todo el sabor de lo propio, de lo insustituible, de lo ir-repetible, de lo in-intercambiable, de lo in-intercomunicable.

Hoy la ayuda audiovisual ahorra todo este trabajo al adolescente que se inicia. Por todas partes se ven labios pasionales, abrazos oprimidos, que nos ahorran el trabajo de a-prehender e incorporar por una propia experiencia. Cuando vamos al primer acto se tiene la convicción del "ya sabemos", y no sabemos si somos nosotros los que besamos o si en nuestro beso toma realidad el personaje que estamos viviendo en la fantasía, desde que lo vimos pintado actuante en algún lado.

Bien... hemos ganado tiempo. El adolescente sale directamente de la cáscara a la gallera. Pero... ¿para qué? Y después ¿qué? ¿Qué garantía da esa carrera de que se llegará felizmente al término de una integridad feliz?

Nuestro acontecer interior está influido por elementos artificiales, por "arte-factos", y en nuestra angustia por quedarnos atrás en una absurda carrera con nuestras hijas bastardas las máquinas, imprimimos un ritmo de competencia que nos des-humaniza.

No estoy en contra de la comunicación audiovisual. Tampoco que el sacamuelas sea mejor que el odontólogo. Lo que quiero decir es que es lamentable que, encandilados por los destellos de

nuestra propia luz, se nos pierdan las relaciones de las cosas y con ellas se pierda también la armonía de "nuestro universo".

Esto es lo que trato de decir.

La consecuencia es que tiene que haber una protesta interior, individual y colectiva. Una protesta contra esta dislocación; y ella no puede ser sino una vuelta a lo primitivo, buscando en ello lo genuino, lo auténtico, lo personal.

Y la reacción no puede venir de los que esto han creado y de quienes ni de quienes han sido incapaces de garantizar la dignidad humana.

Supongo que la re-acción tiene que venir de los menos contaminados, de los menos responsables, de los que son víctimas antes que de los victimarios.

Entiendo también que la reacción tiene que venir con las armas de impacto que les han enseñado a usar y que se sienten como únicas suficientes para servir de estímulo, de pinchazo, de sensación cargada de dolor y en cantidad suficiente para producir un ¡ay!

Y como tal, como "re-acción", como protesta, como agresión defensiva, entiendo el fenómeno hippie.

Hippie. Palabra que me recuerda la exclamación de felicidad del embriagado, del que para un momento dado tiene un sistema de valores distinto del medio que le rodea, del que se siente eufórico, dueño de sí, liberado.

Sobre esto cabrían muchos comentarios.

En primer lugar diría que el fenómeno Hippie tiene sus antecedentes históricos, y hasta los narramos con admiración. Creo que Diógenes fue el primer Hippie de que nos habla la historia. Hippie debió ser también Juan (el Bautista), el que vistió de pieles y en la autoridad de su vida dio testimonio del Señor. Hippies debieron ser también muchos que en el ascetismo buscaron la libertad. Hippies fueron quienes aprendieron a renunciar pensando que sólo en la medida de una renuncia total seremos libres realmente. Lo que importa es la existencia y sólo sabemos que existimos en este aquí y ahora, que somos una saeta proyectada al infinito procedente de la nada, y fuera de este presente, excluyendo la muerte, lo demás es mentira!

"Fenómeno Hippie" puede considerarse, guardando las debidas distancias, el volcamiento del público en la Inglaterra de fines del siglo pasado para hacer "sport". Y no sé si estará muy lejano todo el movimiento de los "wander-vogel" y "wandergesellschaft", expresión popular casi folklórica del roman-

ticismo alemán. Era el pulmón que quería respirar el aire puro una vez a la semana, asfixiado como estaba del humo de las fábricas. El encuentro con la vida, con las cosas tal cual son, más bellas aún si aún no las ha tocado el hombre!

Juan Jacobo Rousseau era actualizado y las generaciones que le correspondían al fin habían llegado.

La vuelta a lo primitivo, a lo simple, a los esquemas iniciales, al punto de comienzo donde el hombre podría encontrarse y salvarse de que se lo tragaran las máquinas. No importa si este tragar es de una u otra forma porque cualquiera que fuere terminaba siendo pieza de una máquina y nada más.

Todos estos antecedentes, unos recordados como dato pintoresco de la historia contemporánea, otro bien o mal logrado, bien o mal entendido, bien o mal aprovechado para lo que fue hecho, debemos sentirlos como antecedentes de idéntica raíz: la protesta.

En segundo lugar diría cómo el "fenómeno Hippie" deberá defenderse del que lo vende como noticia, del que lo usa para afirmar lo que aquél niega. Comprendo así la agresividad nihilista de que deberá estar provisto para resistir la lisonja que envenena y el aplauso que castra.

¿Qué otra cosa puede ser el desplante de su presencia, sino la expresión del "reestado", decidido a jugar el todo por el todo en la defensa de lo último que le queda, lo único que le han dejado: el derecho a no tener, la volución del renunciar?

Es natural que en el espasmo mantenido de la defensa permanente se caiga en exceso. Distonías de mal gusto. Disarmonías destempladas. Pero nada de ello niega la "sub-stancia", lo que está debajo, lo que está dentro, lo que es génesis de un hecho.

Y se levantarán las voces de protesta porque son las dos alternativas: o sufrir la sonrisa envolvente del que lo hace noticia o la protesta histórica que condena con el rasgamiento de las vestiduras. ¡Protestas! ¿Quién protesta si no es aquel que lo ha engendrado?

Las "personas de orden" que critican, reniegan de los hijos de su engendro, de los frutos de su incapacidad, de los testigos acusantes de su fracaso. ¿Acaso la juventud se ha hecho a sí misma? Preguntad qué le han servido de comer, qué leche segregaron los senos que le dieron de mamar, y tendremos la respuesta que mejor será no verla.

Se nos percibe como una civilización construida sobre un montón de cadáveres que escalamos día a día para dejar

en la cúspide también el nuestro, justo al descubrir que no hay más, que eso era todo, un subir, un ascender con el precio de una vida, para descubrir llegando que allí termina todo el cuento, todo el chiste estaba en subir; y antes de que tomemos conciencia... en fracciones de segundo estamos envueltos en nuestra mortaja!

Y en tercer lugar pienso que por último hay otros también que aprovecharán el "fenómeno Hippie" por ninguna de las cosas señaladas: ni explotarlo para "des-virtuarlo" (quitar su fuerza) o combatirlo, ni tampoco darle corporeidad a su esencia. Habrá otros, digo, los menos felices, que se adherirán por pura necesidad de expresión de una "patología". Porque, querámoslo o no, la patología de la colectividad se expresa siempre con el lenguaje de su época.

Esos son los mismos siempre y los mismos de siempre. Los ha habido en todas las épocas y los habrá en todos los tiempos.

Ellos, sin saberlo, harán lo que quiere el enemigo. Serán buen lastre al movimiento. Por ellas más rápidamente se perderá la fuerza y el "equilibrio" roto volverá al punto de partida, equilibrio de embriaguez, especie de cero absoluto, helado, con parálisis molecular, equivalente de muerte o anticipo de ella misma vencida en cajetillas de letargo o en botellas de contenido burbujeante!

Leemos en la prensa sobre el aumento del consumo de drogas. Nos impresionamos ante los datos estadísticos que se ofrecen al lector. Pero ¿es que acaso la droga es nueva? ¿O es que la "droga" debe tener nombre de alcaloide para ser tal? ¿No estamos inmersos en drogas psicológicas, de venta libre, de utilización diaria, pagadas y sostenidas por las "gentes de orden"?

Salgamos a las calles, leamos los periódicos, oigamos la radio, veamos la televisión, vayamos al cine. ¿Qué hay?... DROGAS. Pero no tienen, en verdad, nombre de alcaloide ni su cuerpo corresponde a una fórmula química. ¡Son mucho peores!

Y llegamos al momento de terminar el vuelo de estas ideas.

No sé si lo repetitivo de la historia tendrá su razón de ser en un mecanismo neurótico colectivo: conductas circulares; reiterativas; sin salida; abundantes en sufrimiento y miserables cuando de sí generan algo.

Creo que hay dos posibilidades de entender el fenómeno: un girar en el mismo plano o un girar en espiral. Si es como esto último, estamos acercándonos a un eje cada vez más en el curso de los tiempos.